



SINTESIS DIOCESANA DE LOS GRUPOS SINODALES

Diócesis de Vitoria

A - Introducción: relectura de la experiencia sinodal

La propuesta de Roma de iniciar un camino sinodal ha supuesto un reto para todas las Diócesis. En nuestro caso, la convocatoria de todas las comunidades, parroquias y asociaciones cristianas supuso un arduo trabajo previo de comunicación y motivación de la propuesta, con el fin de poner en marcha los grupos que iban a deliberar los temas de la consulta. Al principio, surgieron dudas, incertidumbres e inseguridades en los equipos. Además, no estábamos acostumbrados a la metodología del diálogo espiritual. Pero, a pesar de ello, se comenzó la labor con interés e ilusión.

En cuanto al ambiente que se creó en el transcurso de los meses, la gran mayoría coincide en resaltar que fue de oración y escucha atenta. Se plantearon dudas y preguntas, pero, tras el diálogo establecido, todos coincidieron en buscar cauces para tratar de hallar sus propias respuestas. Se recalcaron términos como humildad y cordialidad, confianza y respeto. La variedad de personas de distintas procedencias (comunidades, grupos o feligresía dominical, etc.) fue acogida con sorpresa al comienzo, pero dio paso a una gran cercanía de unos y de otros.

Los participantes coinciden en destacar que las reuniones resultaron mayoritariamente ágiles, a pesar de que, en muchas ocasiones, la dificultad del lenguaje en el material de trabajo complicó la comprensión de algunos de los textos.

Se constató que, ante la diversidad de opiniones y de sensibilidades, todas las personas fueron escuchadas y pudieron expresarse con libertad, evitando los juicios y las imposiciones personales. El cariño, la alegría e, incluso, el ambiente de familia o amistad, fueron sentimientos que prevalecieron en muchos de los grupos. Algunos destacaron la valentía en las aportaciones y los sentimientos de miembros de los equipos, así como la buena comprensión y aceptación que pudo surgir

ante ellos. Solo en algunos grupos hubo posiciones frentistas e, incluso, pesimistas y amargas en sus críticas a la Iglesia y a sus instituciones.

Se acogió con interés y esperanza el gesto del Papa de abrir este momento de participación a todos los carismas y a todos y a todas las personas que se sienten, o se han sentido en algún momento, parte integrante de la Iglesia. Había ganas de aportar ideas y mucha necesidad de expresarlas.

En algunas parroquias se sintieron tan a gusto que se habló de retomar antiguos grupos de trabajo o, incluso, de continuar reuniéndose para seguir trabajando y dialogando sobre temas de interés para sus comunidades y para la Iglesia.

Los sentimientos fueron acordes al ambiente que surgió en los grupos de trabajo. Las personas participantes se sintieron escuchadas y hablaron con libertad, a pesar de que hubo ocasiones en las que la falta de formación eclesial supuso un freno para algunas de ellas. En ciertos casos, pudieron el miedo o la cautela, al no creerse capacitadas para expresar las opiniones al respecto de los temas propuestos, pero la confianza, y la alegría de estar juntos y de participar en una consulta importante para la Iglesia resultó tan satisfactoria que pudo con todos los temores.

Se sintió el deseo de transmitir, de participar, de acompañar y de querer dar soluciones válidas a la Iglesia.

El diálogo espiritual ha favorecido la experiencia de escuchar al Espíritu escuchándonos unos a otros. Contemplando el camino recorrido, y las dificultades iniciales, en los grupos se ha sentido que el proceso ha sido fruto del impulso del Espíritu. Lideró el sentir de querer estar "en el mismo barco y remar en la misma dirección".

Todo este querer "caminar juntos" se reflejó claramente en el Encuentro Presinodal Diocesano que la Diócesis de Vitoria convocó el pasado 14 de mayo en el Palacio de Congresos de la ciudad. Allí se congregaron cientos de personas que se sentían en comunión con nuestra Iglesia local o que buscaban respuestas al trabajo elaborado durante todo este tiempo.

Pero este proceso sinodal no termina aquí, sino que ha venido para quedarse, pues es el estilo propio de la Iglesia. Además, la metodología de escucha espiritual propuesta, con los lógicos ajustes y dificultades, ha resultado fructífera y surge el deseo de profundizar en ella. Esta fase presinodal de diálogo y de escucha en nuestra Diócesis de Vitoria ha puesto de relieve nuestro deseo de ser una Iglesia abierta, generosa, integradora de sus distintas sensibilidades, conciliadora... Hemos sentido el impulso del Espíritu que nos lleva a salir de nuestros entornos eclesiales

seguros, para tomar conciencia de que compartimos la aventura de la vida con otras personas y grupos, no solo de nuestro territorio, sino también de un mundo cada vez más globalizado. Hemos querido ser Iglesia de puertas abiertas, sabiendo que, de este modo, podremos experimentar la alegría de caminar como Iglesia unida y evangelizadora.

B - Discernimiento de las contribuciones recogidas

La reflexión de los grupos ha puesto de relieve que el caminar juntos requiere una actitud de humildad por parte de todos. Es necesaria para salir al encuentro del otro, para escucharlo y para aprender de él. Solo así podremos escuchar la voz de Dios. Se trata de practicar una escucha activa, fundada en la confianza mutua, sin prejuicios, por encima de las opiniones personales, sabiendo que este es el camino por el que se expresa el Espíritu.

Este caminar juntos ha de sustentarse en la vinculación afectiva a Jesucristo, presente, no solo en los momentos de culto, sino también en los hermanos y hermanas que conforman el Pueblo de Dios y en todas las personas y grupos que constituyen nuestra sociedad. La vinculación con Jesús, la escucha de la Palabra, y el testimonio de la fe que ellas originan, están en el origen de nuestro compromiso por ser una Iglesia que escucha y dialoga, que transmite vida, libertad, alegría, esperanza...

He aquí el telón de fondo de toda la reflexión de los grupos. Sus contribuciones han sido ricas y variadas, llenas de matices. En todas ellas aparecen unos temas recurrentes, objeto de preocupación de gran parte de la Diócesis, aunque frecuentemente utilizando formulaciones muy generales o sin concreciones. El Equipo sinodal diocesano ha sintetizado estos temas, que fueron presentados en el encuentro diocesano presinodal, recibiendo en el mismo alguna aportación enriquecedora. Son los que se enumeran a continuación.

1. Labor social de la Iglesia

La experiencia de ser amados por Dios nos inspira y hace posible el amor a nuestros hermanos y hermanas.

Como seguidores de Jesús queremos construir una Iglesia abierta y acogedora que experimenta el amor de Dios en todas las personas y que sitúa en el centro de su acción a las más desamparadas, las preferidas de Jesús.

Una Iglesia implicada en los temas sociales, y que se posiciona a favor de las personas vulnerables, debe salir a su encuentro, estar atenta a sus necesidades y activa en la búsqueda de soluciones que contribuyan a paliar las situaciones de pobreza, desigualdad e injusticia.

Todos y todas somos importantes y necesarios para Dios, y, como Iglesia, debemos reconocer a quienes son diferentes y apoyar y promover su integración. La labor social de la Iglesia ha de situarse en el corazón de las comunidades cristianas, que deben fomentar el respeto a las minorías y animar la aceptación y la valoración de la diversidad cultural, evitando y denunciando situaciones de discriminación por razones de raza, edad, lugar de procedencia, orientación sexual, nivel de recursos o estatus económico.

El compromiso con la acción caritativa dentro de las comunidades parroquiales es fundamental para el desarrollo de la labor social de la Iglesia. Desde su posición de proximidad en los pueblos y en los barrios, estas comunidades tienen la posibilidad de generar espacios de escucha, de encuentro y de acogida que faciliten el acompañamiento, el apoyo y la atención adecuada a las personas que lo necesitan, desde la cercanía y el amor incondicional.

En esta labor, las comunidades eclesiales deben estar abiertas a colaborar con organizaciones y otros movimientos sociales de su entorno para participar de forma activa en la búsqueda de respuestas conjuntas y adecuadas a los retos de cada momento.

Como ocurre en la sociedad civil, nuestras comunidades están habitadas, en gran parte, por personas mayores. Muchas de ellas viven solas y en situación de precariedad. Este colectivo constituye hoy un nicho de pobreza importante. La Iglesia debe estar cercana a estas personas, defendiendo su dignidad y su calidad de vida, protegiéndolas hasta su muerte natural. La Iglesia debe estar disponible para atender a sus necesidades físicas y materiales, pero también a sus necesidades espirituales. El acompañamiento de estas personas constituye una misión ineludible de la Iglesia.

2. Papel de la Mujer

Un tema recurrente en muchas reuniones y diálogos ha sido el papel de las mujeres, laicas y religiosas, dentro de la Iglesia católica. Se plantea el objetivo de acabar con la discriminación femenina en el seno de la Iglesia, a través de una profunda reforma cultural y organizativa, a fin de impulsar la presencia femenina en todos los lugares de relevancia. Para terminar con esta desigualdad es necesario favorecer la visibilidad de la mujer. Se busca potenciar su participación, pero asumiendo que esta tarea no ha de corresponder solo a algunas personas más sensibles con

el tema, sino que ha de ser una cuestión que implique a todos los creyentes y a todas las instituciones eclesiales.

Desde hace mucho tiempo, las mujeres vienen llevando a cabo muchísimo trabajo dentro de la Iglesia, tanto en las parroquias como desde otros grupos de laicos y religiosos. Hasta ahora, no ha habido una respuesta adecuada y generalizada a la demanda de las mujeres de tener voz y voto dentro de la institución eclesial. Se las llama para actividades concretas de servicio, pero no para tomar decisiones importantes dentro de la estructura de la Iglesia. Esto es lo que debería cambiar, con el fin de reconocer su dignidad, y, en consecuencia, el puesto y la función que les corresponde dentro de la Iglesia, que, frecuentemente, no es acorde con los lugares en los que, de hecho, están. No se trata solo de valorar la valiosa presencia de la mujer en la celebración dominical, sino de darle el protagonismo acorde con su dignidad en la vida de la comunidad eclesial.

El primer paso que debe dar la Iglesia es fomentar el diálogo con los diferentes grupos que la conforman. En este sentido, debe ser oído el discurso de las mujeres y sus reivindicaciones. El segundo, y en sintonía con los signos de los tiempos, reconocer que la mujer tiene cada vez un papel más relevante en la sociedad, y que, en cambio, la Iglesia sigue teniendo a las mujeres apartadas, sin puestos de responsabilidad y sin darles la capacidad para la toma de decisiones. Se trata de escuchar la llamada a actuar, a fin de situar a la mujer en el lugar que le corresponde en nuestra Iglesia.

Al igual que en el resto de la sociedad, la Iglesia se está abriendo a un nuevo lenguaje que visibiliza y no ignora a la mujer. El mismo Papa, en varios de sus escritos, recurre al lenguaje incluyente. Su uso debe generalizarse en la praxis eclesial.

Por todo ello, se plantea renovar, potenciar y actualizar el rol femenino en la Iglesia, abriendo espacios al laicado y, en especial, a la mujer. Se considera conveniente dar publicidad a ejemplos y testimonios del trabajo de estas personas dentro de la Iglesia.

Algunas aportaciones de los grupos han planteado abrir la opción a la ordenación sacerdotal de las mujeres.

3. El papel del laicado

La participación efectiva de los laicos y las laicas en las distintas facetas del mundo eclesial plantea la necesidad de realizar un proceso de transformación y adecuación de talentos, actitudes y actuaciones a las circunstancias y necesidades del momento actual.

Al igual que los sacerdotes y junto con ellos, laicos, laicas, religiosos y religiosas deben sentirse sujetos activos en la asamblea del Pueblo de

Dios y, por lo tanto, mostrar su disposición para trabajar en favor del Reino de Dios en comunión fraterna.

Se requiere por parte del clero y de la estructura eclesial la voluntad de fomentar la participación activa del laicado, de compartir con este el liderazgo y la misión, y de reconocer y valorar la capacidad de las personas no ordenadas para asumir determinadas tareas y responsabilidades.

La Iglesia debe acompañar al laicado en su trayectoria comunitaria y facilitar el desarrollo de los ministerios laicales, mostrando la necesaria confianza en su capacidad para el desempeño de los mismos.

La labor del sacerdote, como coordinador y dinamizador de la comunidad, es imprescindible para generar confianza entre la feligresía y promover su integración y participación en la vida comunitaria.

Por esto, las comunidades parroquiales constituyen un espacio esencial en la determinación del papel del laicado en la Iglesia: deben estimular a los bautizados y bautizadas para poner sus dones y capacidades al servicio de la misma y de la propia comunidad; han de respaldar y acompañar a quienes asumen tareas de responsabilidad; deben reforzar el sentido de pertenencia a la Iglesia como lugar vivo y dinámico, donde se puede asumir un compromiso activo y sincero; han promover una Iglesia sencilla y cercana, que transmita el Evangelio a través del testimonio personal y que promueva el caminar juntos, reconociendo y aceptando como un don del Espíritu la diversidad de los carismas presentes en la Iglesia y en la misma comunidad.

Por parte del laicado, se requiere disponibilidad para asumir nuevas obligaciones y responsabilidades, además de un fuerte compromiso cristiano y eclesial. Cada persona creyente debe reflexionar acerca de sus talentos y aptitudes, mostrar su disponibilidad y su compromiso, y tener la valentía de salir de su zona de confort para ponerse al servicio de la comunidad.

4. Los jóvenes y las personas alejadas de la Iglesia

La reflexión de los grupos ha tenido en cuenta el mandato de Jesús de ir a todas las gentes y a todos los pueblos, enseñando a guardar lo que Él había enseñado (Mt 28,19-20). Por esto, ha habido una coincidencia en el deseo de que la Iglesia salga al encuentro de los que no creen, estando atentos a sus necesidades, favoreciendo la relación con todas las personas, incluso con los colectivos sociales que se sienten ajenos a ella y con aquellos con los que podemos disentir.

Se dice que la Iglesia ha de dar voz a todos, sobre todo a los que son menos escuchados, y aunque no pertenezcan a ella. Y se recuerda que la proximidad a los alejados también es responsabilidad de cada creyente, que debe ejercerla con el testimonio de su vida y con el “boca a boca”.

Los grupos han mirado con especial atención y preocupación a los jóvenes. Se han alejado de la Iglesia y existe un sentimiento de que se les presta poca atención. Se aprecia la poca presencia e implicación de niños, adolescentes y jóvenes en la Eucaristía y en la vida de la comunidad cristiana.

Pero este tema resulta difícil de abordar, por lo que, aún contando con los buenos deseos de una gran parte de la comunidad eclesial, no se sabe bien cómo actuar. Muchos jóvenes consideran a la Iglesia como una sociedad envejecida y no actualizada a los tiempos. Pero, a pesar de estas dificultades, la reflexión de los grupos manifiesta una fuerte convicción: la Iglesia debe estar cerca de los jóvenes, aunque se constata la dificultad de este acercamiento, dada la escasez de vocaciones.

Se considera de fundamental importancia que la Iglesia mire y salga al encuentro de los jóvenes, y que estos vuelvan al seno de la fe, de la comunidad eclesial. Para ello, deben favorecerse la creatividad pastoral y todas aquellas iniciativas que promuevan un acercamiento a los jóvenes y los mensajes que les lleguen. La juventud, como espejo de la sociedad actual, pasa por una etapa de falta de valores, de referencias que les sirvan para realizarse como personas. Por esto, la Iglesia ha de romper su cada vez más acentuado distanciamiento del mundo y de las culturas de los jóvenes. Asimismo, debe ayudarles a dar respuesta a sus problemas (el desempleo, las adicciones, la migración, las nuevas tecnologías, etc.) y debe acompañarlos en su desarrollo personal, haciéndoles descubrir la presencia de Jesucristo que los ama y que es oferta de vida para ellos.

A pesar de la dificultad de este acercamiento a los jóvenes, la reflexión de los grupos ofrece algunas propuestas. La Iglesia debe renovarse escuchando a los jóvenes que ya están dentro de ella. Se les debe dar voz y responsabilidades. Asimismo, se deben organizar y proponer encuentros para ellos, en los que puedan expresarse con libertad, se propicie la vivencia de los valores evangélicos, se apueste por nuevas ideas que permitan afrontar los nuevos retos planteados por la juventud, así como una presencia evangelizadora en su ámbito.

5. Formación

Necesitamos que las personas de la Iglesia mejoren su formación, especialmente las responsables de los grupos parroquiales o diocesanos. Para ello, se proponen acciones como las siguientes:

- Ofrecer espacios y tiempos para escuchar juntos la Palabra y orarla: lectio divina.
- Cuidar y potenciar los tiempos fuertes del año litúrgico, organizando encuentros de oración y reflexión sobre la Palabra de Dios de los domingos.
- Preparar la celebración de la Eucaristía motivando a los fieles y acompañándolos en la escucha previa de la Palabra de Dios.
- Acompañar a las familias de los niños que reciben catequesis en la escucha y asimilación de la Palabra de Dios y en el sentido comunitario de la Eucaristía.
- Fomentar los grupos parroquiales y extra parroquiales para ofrecer una formación catequística, bíblica y teológica que fortalezca nuestra fe e impregne nuestras actitudes y comportamientos.
- Promover el paso por la Diócesis de personas formadas en los distintos aspectos del misterio cristiano, y de maestros espirituales que estimulen en la fe y acompañen el camino formativo de los grupos que forman la comunidad parroquial.

Además, se ha destacado la necesidad de formación en un ámbito muy específico: el del discernimiento espiritual comunitario, que tiene como base la escucha mutua y el diálogo.

6. Espiritualidad

Se ha reconocido la necesidad de cuidar la identidad cristiana de los bautizados y de los distintos grupos eclesiales. Nuestro ser creyente exige formarnos en una experiencia de Dios que se proyecte en nuestro actuar diario. La escucha de la Palabra de Dios y la oración hacen posible la relación con Él, el discernimiento de lo que quiere de nosotros y la comunión eclesial. Favorecen, asimismo, la escucha mutua de los creyentes y del resto de las personas que conforman nuestra sociedad.

El ser personas espirituales no depende solo de nuestro esfuerzo. La oración expresa nuestra confianza en Dios que está actuando siempre en nosotros. Hemos de pedir la ayuda del Espíritu para que nos vincule cada día más a Jesucristo. También es necesario hacer de la Eucaristía un encuentro personal con Él.

Por todo esto, y coincidiendo con las aportaciones sobre la necesidad de formación, la reflexión diocesana pide que se favorezca la espiritualidad cristiana organizando tiempos y espacios para la escucha

comunitaria de la Palabra de Dios y para orarla (lectio divina), sobre todo en los tiempos fuertes del año litúrgico; que se faciliten tiempos de silencio y de cuidado de la vida interior, pues la fe no depende solo de contenidos intelectuales; que nuestras comunidades ofrezcan ayuda espiritual, y no solo material; que se favorezca la creación de pequeños grupos de fe, en los que se comparta la escucha de la Palabra y la oración, y en los que se pongan los distintos carismas al servicio de los demás; que el cuidado de la espiritualidad se prolongue en el testimonio de la fe y en el compromiso cristiano, con alegría y esperanza...

7. Diálogo y discernimiento

El diálogo es un medio para la escucha del Espíritu en la comunidad, y es la base para el discernimiento comunitario, ayudando también al discernimiento personal. El Espíritu nos invita a facilitararlo, a realizarlo de modo respetuoso y humilde, y a tener una actitud de escucha activa. Dicha invitación pretende fomentar el encuentro y la comunicación entre todos los bautizados sin distinción de categorías.

Se constata la existencia de dicho diálogo a nivel de parroquia (Consejo Pastoral, Asamblea Parroquial o grupos de actividad), pero no tanto en otros niveles eclesiales. Ello provoca que el laicado y las mujeres no participen en la vida eclesial en condiciones de igualdad.

Aparece un horizonte deseado en el que las estructuras de diálogo sean representativas de la diversidad eclesial, con una participación más igualitaria entre personas laicas y religiosas, de diversas edades, hombres y mujeres, de modo que se pueda hablar, cada vez más, de misión compartida y de corresponsabilidad.

La comunidad aspira a un diálogo en el que la diversidad se exprese, en el que se participe fomentando el mutuo conocimiento, sin juzgar, poniéndose en el lugar de la otra persona, respetando toda opinión, haciendo que nos sintamos escuchados y acogidos. Para ello, se entiende que es necesario crecer en sencillez, huyendo de la superficialidad y la prepotencia.

8. Corresponsabilidad: autoridad y liderazgo

Tener en cuenta el parecer del Pueblo de Dios es imprescindible para poder “caminar juntos” como Iglesia corresponsable y sinodal.

Siguiendo las enseñanzas de Jesús, la autoridad debe ejercerse de manera coherente y cercana; debe ser servicial, dialogante y atenta a la diversidad de sensibilidades, evitando homogeneizar las distintas

actuaciones que, de forma natural, surgen en determinadas parroquias y comunidades.

Debemos impulsar una Iglesia que responda a esquemas más democráticos y alejados de los modelos paternalistas, y debemos evitar el modelo de Iglesia jerárquica en dos niveles -ordenados y laicado-, con una estructura vertical, cerrada y moralista.

El Papa Francisco nos habla de un liderazgo evangélico, que se pone al servicio de los demás y no se siente poseedor de la verdad.

Es necesario construir la participación corresponsable de las personas laicas desde un liderazgo compartido, sin autoritarismos, propiciando la libertad de todos y todas para expresarse, y la posibilidad de sentirse al mismo nivel.

Los religiosos y religiosas de Vida Apostólica, al igual que los religiosos y religiosas de Vida Contemplativa, también forman parte de la Diócesis, en la que viven su identidad y misión. La Iglesia diocesana debe dar visibilidad a estas personas consagradas, reconociendo su riqueza y su aportación a la vida eclesial, creando cauces adecuados de participación también para ellas. Laicos y laicas, religiosos y religiosas deben trabajar en colaboración para la consecución de objetivos comunes no supeditados a los intereses particulares.

Para que los feligreses y feligresas se sientan implicados en esta corresponsabilidad es necesario eliminar el talante jerárquico en la comunicación, buscar la sencillez en el trato y huir de los protagonismos, la vanidad y la imposición.

Una corresponsabilidad real y efectiva requiere de una mayor participación por parte de las comunidades y del laicado en la asignación de cargos y funciones en los diferentes órganos de decisión de las estructuras eclesiales.

Para acercar la Iglesia a la realidad actual, es imprescindible modernizar algunas estructuras; fomentar las relaciones igualitarias entre todos sus miembros; dar voz a la mujer y a los jóvenes en la toma de decisiones, y sistematizar los canales de comunicación necesarios para la escucha activa de la opinión de las bases.

En definitiva, corresponsabilidad significa responsabilidad compartida, y requiere de la implicación y el compromiso de todos los integrantes de la Iglesia con el fin de mejorarla y engrandecerla.

9. Comunicación y participación social

En este punto se ha hablado, sobre todo, de implicar a la comunidad en acciones y proyectos a través de una comunicación ágil que utilice las nuevas tecnologías (para ello habrá que adaptar a la Iglesia a estas nuevas vías de comunicación). Parte de esta comunicación y participación también se consigue teniendo una mayor interrelación entre parroquias, zonas o grupos diversos para conseguir un mayor conocimiento de los problemas y necesidades de otros y poder actuar conjuntamente. En un contexto social más globalizado y menos ligado a determinados territorios, se trata de compartir vivencias, evitando enfrentamientos y poniendo objetivos comunes que ayuden a "caminar juntos" en el ámbito de nuevos espacios pastorales y evangelizadores.

Esa adecuada comunicación al exterior se consigue, en parte, procurando la transparencia que permita recuperar una "buena imagen" de la Iglesia como lugar seguro para todos. La transparencia parte del reconocimiento de las propias debilidades (abusos de poder, abusos sexuales, temas económicos...) sin ocultarlas, y de asumir las responsabilidades inherentes.

Se pide, además, que se participe en foros y plataformas que permitan dar a conocer los valores cristianos y colaborar con personas de otros credos, desde la humildad y sin prepotencia. Esta es otra forma de poder encontrarnos los que tenemos distintas sensibilidades y distintas concepciones de la vida, u otras religiones, como compañeros de viaje comprometidos en la búsqueda del bien común. Habría que promover y crear espacios comunes para el encuentro, el diálogo y la escucha, la formación y la celebración. Ayudará a ello la creación de equipos de personas de diversas corrientes, liderados por representantes que ayuden a guiar en el proceso, buscando siempre la unidad, la fraternidad y el acercamiento de posturas. Estos espacios han de tener como objetivo la integración de las personas, aceptando su diversidad, celebrando fiestas ecuménicas, interreligiosas e interculturales.

10. Comunidad organizada

La comunidad eclesial, diversa y articulada, necesita de órganos colegiados para la toma de decisiones y la planificación de la actividad, así como para el cuidado de la propia comunidad.

Para que ello sea posible, se precisan consejos, a nivel de parroquia y diocesano, con entidad y autoridad. Convendría revisar los estatutos de dichos órganos de participación, para que tengan capacidad de decisión, y no solo de consulta. Es necesario promover la formación de sus miembros y elevar el perfil de los temas que se tratan en ellos. Asimismo, se deben proporcionar espacios, medios y autonomía a los

jóvenes, para que organicen actividades más lúdicas y atractivas para ellos, favoreciendo así su identificación con la comunidad y su participación en ella. También será importante diseñar planes de sostenibilidad, para que estos consejos y equipos asuman la responsabilidad del proyecto pastoral en la comunidad.

A la hora de trabajar, los órganos de decisión y programación debieran planificar objetivos de trabajo por curso, compartir el plan con la comunidad, para que todos puedan aportar y participar, realizar revisiones del proyecto común para valorar el cumplimiento de los objetivos y proponer los siguientes pasos... Estos órganos deberían compartir su reflexión con la comunidad de forma regular, proponiendo la celebración de los avances que se vayan produciendo.

Se sugiere, cuando sea pertinente, trabajar por consejos interparroquiales, para ganar en diversidad y masa crítica para el trabajo y el discernimiento.

11. Celebración

La reflexión de la Diócesis en relación a la escucha de la Palabra y a las celebraciones litúrgicas se ha centrado en varios aspectos.

Se pide, en primer lugar, que se mejore la participación del laicado en estas celebraciones, tanto en la preparación de las mismas como en su realización. Se han de promover los equipos de liturgia y la institución de distintos ministerios ligados a las celebraciones. Será necesario, para ello, potenciar la formación litúrgica y bíblica en las comunidades, las escuelas de oración...

Se hace referencia a la necesidad de cuidar la ambientación de las celebraciones, contemplando, incluso, el antes y después de las mismas: escoger cantos adecuados, favorecer un ambiente familiar y acogedor, mejorar los equipos acústicos, procurar una buena disposición de los bancos... Todo ello debe favorecer la fraternidad, el compartir la Palabra, y, si es factible o procedente, también la comida posterior...

Se ha destacado la responsabilidad y misión del sacerdote en relación a la celebración. Debe ser cercano, saludando a los fieles antes y después de la eucaristía, estando siempre disponible... Debe, asimismo, reciclarse, para que sus homilías sean sencillas, claras, actuales y que lleguen a la vida.

En esta misma línea, se han de revisar y actualizar los textos del Misal, para que sean más sencillos y lleguen mejor a los fieles. También se pide una menor rigidez en la ejecución de los signos litúrgicos, para que estén más encarnados en la mentalidad actual.

En todos los casos la reflexión abunda en acompañar la celebración del testimonio de la vivencia de la fe y del compromiso cristiano.

C - Conclusiones: próximos pasos

Podemos decir que, al final de este proceso, la idea que prevalece es el deseo y la voluntad de crecer en sinodalidad, dando continuidad al proceso sinodal, asumiéndolo como metodología para la reflexión y para la toma de decisiones compartidas en todos los niveles de la Iglesia. Se ha afianzado el deseo de ser Iglesia abierta, generosa, integradora de sus distintas sensibilidades, conciliadora... Se ha constatado, además, que la sinodalidad conlleva la toma de conciencia de compartir el camino de la vida con otras personas y grupos... Se quiere ser Iglesia de puertas abiertas.

Al hilo de todas las aportaciones, podemos formular unas propuestas de actuación o de pasos a dar en tres niveles:

1. En las Parroquias:

- Dar entidad y capacidad de decisión colegiada a los Consejos Parroquiales.
- Diseñar planes de trabajo compartidos con la comunidad y abiertos a la participación activa de las personas según sus dones y capacidades.
- Ayudar a la reflexión, por parte de los laicos y laicas, acerca de su compromiso personal y su participación activa en las responsabilidades parroquiales.
- Ayudar a la reflexión de los sacerdotes sobre el modo de trabajar la corresponsabilidad en la actividad parroquial.
- Crear espacios de diálogo y discernimiento
- Buscar la cooperación mutua entre los sacerdotes y el laicado

2. En la Diócesis:

- Potenciar la formación de las personas laicas en las distintas dimensiones de la vida cristiana (Sda. Escritura, fundamentos de la fe, quehacer cristiano, liturgia y pastoral), con el fin de fortalecer su identidad creyente y eclesial; asegurar su formación en los aspectos específicos de eclesiología y organización eclesial que permitan una corresponsabilidad efectiva en todos los niveles diocesanos.
- Cuidar las comunidades parroquiales reconociendo la diversidad y reforzando su valor como espacios de encuentro.

- Favorecer la creación de espacios de encuentro interparroquiales, de distintos carismas o de distintas sensibilidades eclesiales, de sacerdotes y de personas laicas o de la vida consagrada, de jóvenes creyentes y no creyentes...; abrir espacios para el encuentro con otras religiones, con agentes sociales (políticos, sindicatos, ONGs, etc.); participar en foros y plataformas que permitan divulgar los valores cristianos y colaborar con personas de otros credos.
- Diseñar nuevos espacios y zonas pastorales, acordes con la realidad social y religiosa de nuestro territorio, favoreciendo la creación de realidades interparroquiales y equipos pastorales que hagan efectiva la misión compartida, continuando así la reflexión iniciada en la Diócesis y utilizando las herramientas del proceso sinodal.

3. En la Iglesia universal

- Avanzar decididamente en la participación más igualitaria de la mujer en las estructuras de la Iglesia.
- Asegurar una mayor implicación en los temas sociales, potenciando así la realidad de una Iglesia abierta y acogedora.
- Construir la participación de los laicos y de las laicas desde el liderazgo compartido, el compromiso, la escucha activa, la comunión fraterna y la corresponsabilidad.
- Buscar la transparencia, reconocer las propias debilidades, para recuperar la "buena imagen" de la Iglesia
- Actualizar las celebraciones litúrgicas, respetando su identidad teológica, pero, en la medida de lo posible, incorporando a ellas la sensibilidad, la cultura y el lenguaje actuales...; revisar el lenguaje litúrgico, incomprensible hoy para gran parte de los fieles; respetar y tratar de integrar determinadas iniciativas celebrativas de algunas comunidades y personas de determinados lugares.
- Lograr un ejercicio de la autoridad, por parte de la jerarquía eclesiástica, que compagine su dimensión de servicio con los valores de la sociedad actual.